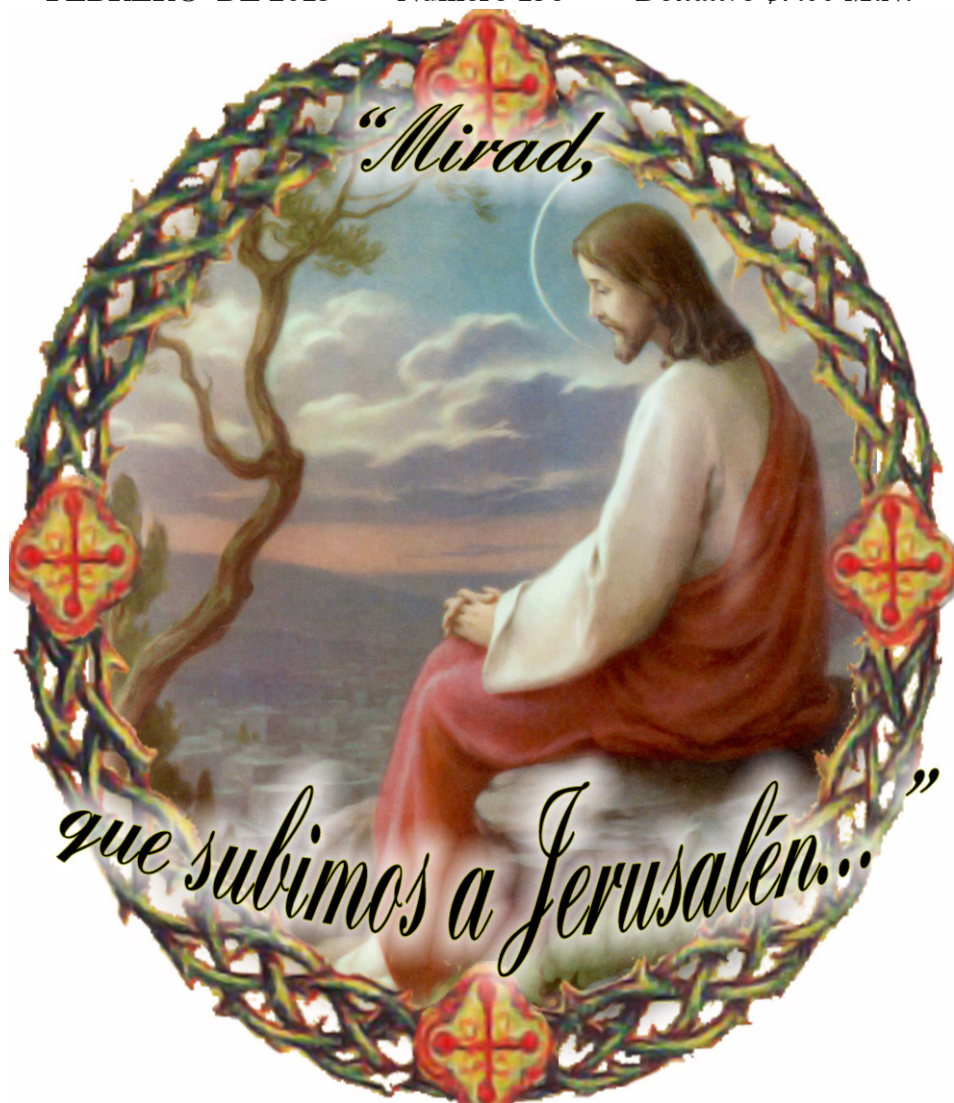




BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
FEBRERO DE 2015 Número 156 Donativo \$7.00 M.N.



“Muéstrame Señor tus Caminos”

El tiempo avanza, y nosotros con él. Nos encontramos de un salto en el umbral de la cuaresma, y el domingo de hoy no se aparta en nada de la línea trazada por los domingos anteriores: va al encuentro de la cuaresma. La Iglesia y el alma, se preparan para la lucha y las penalidades.

Amadísimos hermanos, reconociendo nuestras propias debilidades no podemos esperar sino el fracaso, pero de la fuerza de Cristo esperamos la victoria y la vida.

Con tal disposición de humilde confianza, saldremos al encuentro de la cruz que será santificada por la fuerza de los sufrimientos y muerte de nuestro divino Salvador.

La liturgia de esta dominica nos exhorta a esa confianza plena en la misericordia de Dios y nos anima a tomar una decisión, firme y confiada, para entrar generosamente en el camino de la negación de nosotros mismos, que no es otra cosa que la senda de salvación. Dios comienza a sacar a su criatura de la culpa y del error, cuando prende en su alma estos deseos de compartir con Él su vida de penalidades y de amor. El alma con fe se arroja confia-

da entre sus manos divinas. Dos cuadros muy diversos entre sí, nos ofrece hoy el Evangelio de la Santa Misa y los dos se completan maravillosamente: el primero, de los discípulos descreídos, y el segundo, del ciego lleno de fe. El primero nos manifiesta las tristes consecuencias de la incredulidad y el segundo, nos patentiza los consoladores resultados de la fe.

Cuando Nuestro Señor anuncia a sus discípulos las penalidades que padecerá en su Pasión dentro de corto tiempo, no es comprendido. Esta incomprensión hacia su Corazón divino le hiere más profundamente que los mismos sufrimientos físicos que va a padecer. En verdad, no entendían aún la doctrina divina que predicaba ni los milagros que públicamente hacía en presencia de ellos (como continúa haciendo hoy, por medio de sus ministros). Ésta es, ni más ni menos, la historia de las almas, de las familias y de la sociedad de todos los siglos.

Por esta incomprensión al misterio de la cruz, se produce el desconocimiento del Evangelio, que es la luz de las mentes; el desconocimiento de sus manda-

tos, que son guía para las obras; el desconocimiento de sus promesas, de sus amenazas, de sus galardones, que son alas para el espíritu. Sin este conocimiento síguese una vida sin consistencia, el abandono del deber, una moral licenciosa. . . unas costumbres relajadas. La predicación que Nuestro Señor daba a cuantos le escuchaban, pasaba desapercibida en muchas mentes enfermas

cuando escuchamos la palabra del Evangelio predicada. Todos sin excepción, somos ciegos y enfermos para poner enmienda a nuestras obras e intenciones y permanecemos en nuestra misma situación de postración espiritual. Pero, que no sea más así; pongamos una voluntad firme y constante para que estas benditas palabras y exhortaciones de cada domingo, den abundante fruto



por la ceguera espiritual y por la incredulidad, tal como acontece el día de hoy con los sermones de nuestros sacerdotes en las constantes predicaciones de cada domingo. El celo que consumía el Corazón de Nuestro Señor por la gloria de su Padre Celestial y la salvación de las almas, es el mismo que ahora podemos admirar en nuestros ministros del altar

en nuestras almas y así hagamos siempre el bien; que al atardecer de la vida, todo tendrá su recompensa y nos regocijaremos por el buen uso que hicimos de nuestro peregrinar en la tierra.

Mis amadísimos hermanos y amigos del alma, reflexionemos un momento y veremos que ¡Cristo es el gran desconocido y repudiado en este mundo mate-

rializado e inmoralizado! Siendo Él la piedra angular, la luz verdadera y la vida. . . el mundo se comporta como su enemigo sentado en tinieblas de muerte.

Así, cuántas almas caminan como ciegas por la tierra, mendigando de las criaturas migajas de felicidad que no las pueden saciar. Es así como se comportaron los discípulos. . . no entendieron las predicciones de la Pasión, y por eso dieron tan mala cuenta de sí, a la hora de la prueba. Sin fe, principio y fundamento, las

almas somos cañas agitadas por el viento. Porque la fe, es la raíz que da vigor a todas las demás virtudes que agradan a Dios. No olvidemos que la fe sin obras, es nula y de nada sirve sólo creer en Dios, que eso hacen también los paganos y otros miles de seres humanos que pululan por el mundo sin nuestra fe católica.

Exclamemos también nosotros como el ciego de Jericó que narra el Evangelio de la Misa de hoy: cuando escucha aquél tropel de gente que transita por

donde él va, y pregunta qué es aquel ruido que escucha, le responden: “¡Es Jesús de Nazaret que pasa por aquí!” Él se sienta a la vera del camino, humilde y confiado, pues sabe que este buen Jesús cura a los enfermos, hace ver a los ciegos y levanta a los paráliticos de su camilla; hay en él una sed infinita de conocerle, pero no puede ver con la luz de sus propios ojos a ese “Dios desconocido” por lo que, en cuanto puede, grita: “¡Jesús Hijo de David,





tened compasión de mí!” Y Jesús que penetra hasta el fondo del alma se detiene ante él y al verle le pregunta: “¿Qué quieres que te haga?”, “¿Señor, que vea!” Y Nuestro Señor le responde: “Ve, tu fe te ha salvado.” Y al punto sus ojos vieron la Luz que alumbraba este mundo, la Luz verdadera que les muestra el camino a seguir, y se fue glorificando a Dios. No pide más sino la luz de sus ojos, y sabe que sólo Él es la luz de las almas y de los ojos que viven en la oscuridad. La criatura humana enmudece ante este Dios omnipotente y misericordioso; sus palabras y sus obras ¡son maravillosas! A Dios todas las cosas le es posible realizar.

Debemos ejercitar nuestra fe, mirando siempre las altas razones de la Providencia divina

que gobierna al mundo en número, peso y medida, logrando de los acontecimientos su mayor gloria y el provecho de nuestras almas. La fe viva, eficaz y práctica nos abrirá las puertas de la visión de Dios en la gloria.

Ahora, sigamos a Jesús en estos días de la cuaresma que se avecinan y demos una mirada a ese divino Corazón que será gravemente ofendido en los días de carnaval, que no son únicamente durante la semana próxima, sino que, durante toda la cuaresma, la humanidad ciega y ebria de pasiones corre desenfrenada por el abismo de la maldad. Si Nuestro Señor lloró sobre Jerusalén contemplando sus murallas y todo cuanto vendría sobre ella en corto tiempo después de su Pasión, sin duda alguna preveía



que piensan de esta manera: “No encuentro nada malo en asistir a ciertas representaciones y divertirme un poco en los bailes y en los disfraces.” ¡Pobres almas!, debemos dolernos de

la ingratitud de la humanidad entera, que, no una vez, sino hasta la consumación de los siglos, seguiría renovando la Pasión dolorosa de su Corazón por las almas que tanto ama.

Muy rectamente hablaron los antiguos Padres de la Iglesia cuando afirmaron que la algarazara del carnaval es invención diabólica, y todos aquellos que toman parte en ella son cristianos que, prácticamente, quieren abdicar de su bautismo. Cuando fueron llevados a las fuentes bautismales, el ministro de Dios les preguntó: “¿Renuncias a Satanás, a sus pompas y a sus obras?” “Renuncio”, le contestaron. Pero en estos días son muchísimos los que arrancan de su corazón el bautismo y la renuncia hecha, y vueltos al paganismo se entregan al culto de los sentidos y a las vanidades llevando una vida licenciosa y demoníaca. Hay muchos

ellas, pues sin duda alguna, pierden el sentido del discernimiento entre el bien y el mal. Aquí viene muy bien contar un episodio, narrado por un escritor de los siglos pasados llamado Tertuliano, que puede servir de enseñanza para muchos durante estos días. Una señora que entró en un teatro fue poseída por el demonio. El Obispo, al exorcizarla obligó al demonio a que dijera, por qué había tenido la audacia de molestar a señora tan buena y tan religiosa, a lo que él respondió: “Estaba en mi derecho el hacerlo. Si me he apoderado de ella es porque estaba en mis territorios.”

Consideremos ahora queridos fieles y cuantos leéis estas páginas, el terreno inmenso que en la actualidad gana el demonio en las almas que asisten a estos antros y festejos diabólicos llenos de maldad y perdición, que las llevan a meterse a la boca encendida del fuego eterno, por la

idea torcida de: ¡no es malo asistir a esas diversiones! Y con tales diversiones se afloja la voluntad para cumplir con las exigencias requeridas por la Iglesia; el hombre se hace enemigo de Dios que es quien nos comunica la gracia y nos abre las puertas del cielo, quedándonos ante las puertas abiertas del infierno a donde nosotros mismos hemos querido ir a dar. Nuestro enemigo siempre pone máscara de bien a lo que es prohibido para los hijos de Dios. Así lo hizo en el Paraíso con el primer hombre y la primera mujer y continúa haciéndolo con sus descendientes.

Amadísimos hermanos del alma, preparemos nuestro corazón para entrar con espíritu de fe, de humildad y fervor a esta cuaresma que es tiempo de penitencia, de oración y enmienda de nuestras torcidas inclinaciones, para ser así un verdadero consuelo para el Corazón de Jesús.

Nos es muy oportuno detenernos por un instante a considerar lo que se lee en la vida de Santa Gertrudis y de otras Santas para

hacer nuestros sus sentimientos; ella nos refiere lo siguiente: “Era precisamente el domingo de Quincuagésima cuando Jesús doliente se me apareció. Estaba en medio de dos verdugos, la cabeza coronada de espinas, sus espaldas lívidas y surcadas de llagas sangrientas como si acabaran de azotarle.” La Santa rompió en llanto ante aquella visión, y preguntó si había algún medio para calmar tantos dolores. Nuestro Señor le respondió que rogara por los pecadores que en la semana de carnaval le ultrajarían, y añadió que premiaría



largamente su caridad cuando pasara a mejor vida.

También Santa Catalina de Sena pensaba siempre en estos días de locuras y pecados, en el Paciente Jesús. Se pasaba las noches entregada a la oración y a la penitencia para que en esas horas, en que el mundo se sumerge en alborotos y orgías desenfundadas, hubiera al menos algún corazón que latiese junto al Dios de nuestros altares. Únicamente cuando la campana despertaba a las religiosas para Maitines, se retiraba ella a descansar, contenta de que otras almas ocuparan su puesto.

Santa Liduvina nos refiere en su vida, de una larga y cruel enfermedad que la tenía atada a su lecho de dolor, cuando, una noche llegó a sus oídos el estruendo de cantos, de gritos, de algazara ensordecedora. Preguntó qué era lo que sucedía, y le contestaron que eran las fiestas de carnaval. Entonces, al pensar lo mucho que ofenderían los hombres a Dios en aquellos días, exclamó: “¡Me alegro de sufrir para que mis sufrimientos sirvan de reparación!”, “Señor” dijo, “si queréis otorgarme una gracia, ¡que no sea la gracia de la curación! Enviadme más dolores, más torturas, para que mi reparación sea mayor.”

¡Así hablan y se entregan generosamente los Santos! Y,

no creamos que este trabajo de santificación es únicamente para ellos, no, todos estamos llamados a la santidad, porque a pesar de las flaquezas humanas, no han desaparecido las almas de este templo, como en centenares de almas religiosas y religiosos que, muy especialmente estas noches de graves ofensas a Nuestro Señor, no descansan y permanecen arrodilladas ante el sagrario para consolar al Dios de nuestros altares, rogando y doliéndose de la pobre humanidad y clamando misericordia al cielo.

Pensemos igualmente en tantos enfermos en los hospitales que no pudiendo conciliar el sueño, oran y ofrecen a Dios sus dolores físicos. Unámonos de corazón a estas almas que oran y sufren por esta causa, que con esta fuerza espiritual lograremos dar un poco de alivio al divino Corazón.

La Iglesia canta en su liturgia el Miércoles de Ceniza: “Entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes ministros del Señor, y dirán: ‘¡Perdona Señor, perdona a tu pueblo y no cierras la boca de los que claman a Ti, Señor!’ ” (*Joel, II, 17*) Este deber es para todo fiel cristiano, porque no únicamente los ministros de Dios son obligados a reparar los pecados de la humanidad y de cada uno de nosotros en particular; sino que todos llevamos

el peso de nuestras enormes culpas ante la Justicia divina. Por lo tanto, a todos, pecadores hijos de Adán, nos corresponde el ayuno, la penitencia, el llanto y la práctica de obras buenas y meritorias que eleven desagravio a esa Justicia tres veces santa, por nuestras ingratitudes, pecados y por nuestros pobres hermanos que viven sin la luz de la verdad.

La visión clara y el conocimiento de los bienes sobrenaturales, debe provocar en nosotros el deseo de los mismos, y debe poner fórmulas de oración en nuestro corazón y en nuestros labios, pues sabemos que la oración es la gran potencia del hombre, que se apo-

ya en la bondad, en el poder, en la sabiduría, en la fidelidad de Dios que ha prometido aceptarla. Glorificar a Dios es la consecuencia lógica de nuestra fe; y si conocemos y reconocemos ser Él nuestro principio, nuestro creador y bienhechor infinito, un cántico de amor y de esperanza se apoderará de nuestro corazón que elevará ardientemente alabanzas al Altísimo.



Para ver las cosas sobrenaturales es necesario que el entendimiento no esté empañado por la soberbia y el vicio, porque si en el entendimiento hay orgullo y en el corazón corrupción, el hombre es como un cristal que tiene barro por el cual no pasa la luz. No pueden existir los conflictos que dicen entre la ciencia y la fe, entre lo sobrenatural y el progreso; en realidad, el conflicto está entre la soberbia humana y el acatamiento que se debe a Dios en sus leyes divinas,

ya que Él no puede engañar ni engañarnos porque es infinitamente sabio, infinitamente bueno y siempre busca el bien y la felicidad de nuestras almas en la tierra y en el cielo.

No entremos solos en la lucha, recordemos que está pronta para socorrernos la Madre de Misericordia, Ella que quebrantó la cabeza de la serpiente infernal y ha sido vencedora en todas las batallas de sus hijos fieles, no nos dejará sin su auxilio y pro-

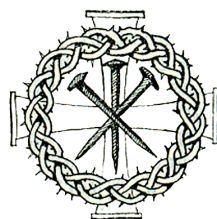
tección para entrar con ánimo generoso en la lucha interior contra el mundo, demonio y carne; Ella nos ayudará a vencer las tentaciones apartándonos de las ocasiones de ofender a su divino Hijo.

En nuestros combates, unámonos a nuestro Redentor en las tentaciones que el maligno le presentó en sus cuarenta días de ayuno y que Él venció presentándole la verdad, arrojándolo al lugar de las tinieblas. Cristo vence, Cristo reina, Cristo impe-

ra. Acojámos nos bajo el amparo de Nuestra Ma-

dre, y también nosotros triunfaremos como nuestro Capitán que nos ha precedido.

¡Ánimo y que así sea!



¡Sea para gloria de Dios!



Vestir con Dignidad

Continúa del número de marzo de 2014

Retomamos la transcripción del libro escrito por la Sra. Colleen Hammond.

Capítulo 3

La Corrupción de las Modas

“Abriéronse los ojos de ambos, y viendo que estaban desnudos,

cosieron una hojas de higuera y se hicieron unos cinturones... Hízoles Yahvé Dios al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.” (Gén. III, 7, 21)

Es evidente que para Dios, los cinturones que Adán y Eva se hicieron no los cubrieron suficien-





temente, por lo que Él mismo les hizo ropas de pieles y los vistió correctamente.

Nunca te has imaginado, ¿cómo habrán sido aquellas ropas de pieles? Seguramente que no fueron como las escasas ropas que llevaban Tarzán y su mujer en las películas.

En los versículos del Génesis que hemos citado arriba, la Vulgata utiliza la palabra *túnicas*, que en hebreo quiere decir “cubrir”.

Las túnicas de los tiempos bíblicos y de Roma antigua eran vestimentas ligeras que llega-

ban más abajo de las rodillas y cubrían los brazos y hombros. Estoy casi segura de que después de aquella vergonzosa escena en el paraíso terrenal con la serpiente, Adán y Eva tuvieron mucho cuidado de que sus hijos y nietos se vistieran modestamente.

Adán y Eva vivieron bastantes años para ver muchas generaciones de sus hijos crecer y multiplicarse. La Escritura nos dice que Adán murió poco antes de que naciera Noé. Imagínate el dolor de Adán y Eva viendo a sus hijos crecer, sabiendo que, debido a su pecado, nunca experimentarían lo que ellos habían gozado en el Edén. Hasta nuestros días, los hijos muchas veces tienen que sufrir debido a los errores cometidos por sus padres.

Pienso que otro resultado del incidente en el Paraíso es que las mujeres tienen un -muy señalado- interés en la moda. ¡No lo podemos negar! Yo me puedo imaginar a las mujeres en el tiempo de Moisés chismeando sobre el vestir de otras mujeres. No sólo eso: considera sencillamente cuánto y cómo cambian las modas de las mujeres en comparación de las de los hombres.

Pienso que, debido al interés que las mujeres tienen en las modas, debemos hacer un pequeño recorrido a través de la historia:

Desde los tiempos de Adán y Eva, los hombres y las mujeres se han vestido con dignidad. Hasta la época de Noé, Abrahám, Isaac, Jacob, Moisés y el Rey David, las mujeres llevaban túnicas largas y flotantes que llegaban hasta el suelo y que cubrían sus hombros y normalmente sus brazos. Además, llevaban algún velo sobre la cabeza.

Las mujeres de la Grecia pagana llevaban vestidos largos y cubrían sus cabezas con algún tipo de velo o adorno para el pelo. El vestido se llamaba *chiton* (*cayten*). El vestido del hombre era parecido al chiton, pero llegaba solamente a la rodilla. El chiton era una tela en forma rectangular que se sometía al hombro y se recogía a la cintura. Podría o no llevar mangas. Ambos modelos eran graciosos.

En Roma, las mujeres llevaban una túnica larga hasta el suelo sin mangas (los hombres la llevaban hasta la rodilla), sobre la cual ponían una *stola*, o túnica exterior con mangas. Se recogía a la cintura con un cinto y en público coronaban su ajuar con un velo elegante.

Las modas básicas del cristianismo de occidente no cambiaron mucho durante varios siglos. Desde la caída de Roma en 476 a.C. hasta las cruzadas, las mu-

jerres de alta alcurnia vestían túnicas elegantes que llegaban hasta el suelo con mangas largas, y un velo, especialmente las mujeres casadas. Estas últimas cambiaban también de peinado: de traer antes el cabello suelto, ahora lo traían siempre recogido. Algunas veces llevaban doble túnica, una encima de la otra.

El velo se ponía encima de un tocado de tela blanca que cubría la cabeza y el cuello, y a veces hasta el mentón. Las religiosas de clausura todavía visten este tocado (como en las fotos de Santa Teresita del Niño Jesús).



Sobre la túnica en la cintura llevaban una “faja” o cinto. Hasta el fin del siglo XV las modas se hicieron más ornamentales, aunque la ropa sencilla no cambió. Recordemos la moda del cuello fruncido y mangas amponas que vestían entonces con hermosos bordados y adornos. Algunas mujeres, en vez del cuello, llevaban algún tocado en la cabeza, algunas veces con un velo colgado atrás.

Después se introdujo la faja. Esta era una ropa interior tiesa que daba forma al cuerpo y reducía la cintura. Llegó a ser uno de los elementos clásicos del vestir femenino. En algunas épocas, esta moda se usaba para conseguir una cintura muy pequeña.

La revolución de las modas tuvo lugar en el tiempo de la Revolución Francesa (1789-1804) y de Napoleón Bonaparte (1804-1815), en que la esposa de Napoleón, Josefina, introdujo la moda del vestido de alta cintura que oprimía el busto. Esta moda no duró mucho tiempo, ya que las modas femeninas volvieron a su uso tradicional.

Por estos mismos años en los Estados Uni-

dos de Norteamérica, las mujeres ya llevaban los vestidos adornados con la cintura a su altura normal. Los hombres vestían camisas con encajes, los pantalones apretados hasta la rodilla y pelucas, así como se ven en las pinturas de George Washington.

A mediados del siglo XVIII las faldas eran muy amplias con crinolinas debajo. Estas se ven en las mujeres de la época de la Guerra Civil.

Por supuesto que aquí hablo del vestir de las mujeres *buenas*, ya casadas o solteras.

Por el contrario, las mujeres de mala vida, como nos mues-





tra la historia, siempre se han vestido de manera inmodesta y provocativa.

A principios del siglo XIX las modas comenzaron a ser más modernas, como nosotros las conocemos. Podemos notar que una sola manera de vestir persistió por un periodo de seis mil años, pero llegado este siglo la moda iba a cambiar radicalmente. ¿Qué pasó?

La moda del vestir femenino siguió la misma ruta que los sucesos en la sociedad. La Revolución Industrial que comenzó a principios del siglo XVIII per-

mitió a la mujer trabajar fuera de casa. Después en el año 1920 la Constitución permitió a las mujeres el derecho de votar; y fue en esta época en que hubo un cambio dramático del estilo clásico de vestir.

De pronto las mujeres traían el pelo corto, la falda a la rodilla y las blusas sin mangas. Pero, ¿de dónde salieron estas modas y estas ideas sin precedentes? Ciertamente que no salieron de los últimos dos mil años de historia. Los tiempos cambiaban, pero una mujer en particular adelantó su aparición.

Gabrielle Bonheur Chanel, que se hizo famosa con el sobre nombre de Coco Chanel, tomó un papel muy importante en el cambio de la moda femenina. Se ha dicho que ella la *revolucionó*.

(Continuará)



¡Sea para gloria de Dios!

*¡ Vos sois, oh María,
refugio de pecadores!*



*Alcanzadme la gracia de perseverar
en el camino del bien obrar.
En el momento de la tentación,
¡no me dejes Madre mía!
Socorredme en todo tiempo y lugar.*